

LA VANGUARDIA

LA PERMANENTE ANGUSTIA

El otro día, y casi por casualidad, vi un episodio de ese serial que ahora da Televisión Española los sábados por la noche. Se titula, más o menos, «El inmortal». Rectifico: no acabé de verlo. Pero, de un modo u otro, con la ayuda de comentaristas amigos, he podido hacerme cargo de la historietita. Se trata, al parecer, de un individuo excepcionalmente dotado para la supervivencia: su sangre, en particular, resultaría inmune a cualquier amenaza virósica o, quizá, a toda perspectiva patológica, sin discriminación. Para que los telefilmes tengan «gancho», los guionistas de «El inmortal» colocan al personaje en cuestión ante unos formidables riesgos: alguien, un torvo y remoto millonario anciano, para salvar su vida, necesita una rápida transfusión de la egregia hemoglobina. Y ahí me plego. Tal vez la broma consista en que el millonario moribundo, clínicamente «drácula», desea conseguir a toda costa la sangre del vagabundo «inmortal», y le hace acosar por unas cuadrillas de matones. Como me lo han por lo demás, la cosa, en su gloriosa inverosimilitud, no merece mayor atención.

Sin embargo... No, tampoco es como para echarlo en saco roto. En el supuesto de que la anécdota coincida con lo referido, podría ser considerada algo así como una «fábula» a la manera tradicional.

El esquema del relato, meramente hipotético, o fantástico, se brindaría a una interpretación real, ya traducido a otros términos. Cuando menos, daría pie a una «moraleja». De hecho, el acaudalado «vampiro» que va tras la sangre del «inmortal» ¿no viene a ser el «símbolo» —digamos símbolo— de un mecanismo social tremendamente ordinario? Nadie sabría negarlo. La venerable experiencia de las gentes suele denunciar el planteamiento con aquello de que «el pez grande se come al chico». Dejemos de lado el símil zoológico: el proverbio sabe a lo que va. El asunto, por otra parte, tendrá una motivación económica, obvia y amarga, a nivel económico. Pero hay de por medio otras motivaciones. Esta, por ejemplo: la de una sangre salvadora.

He recordado, enseguida, una cáustica observación de Paul Valéry, que no es la primera vez que traigo a colación. Valéry es algo más que el hermético poeta del «Cementerio marino»: fue, también, e incluso «sobre todo», un agudo «pensador». El que uno esté o no de acuerdo con sus «pensamientos» es lo de menos. Y lo que de Valéry quiero reportar aquí tiene su enjundia. No le podré citar en sus palabras exactas, porque no dispongo del texto original en este momento. Aproximadamente, decía: «Si para curar el cáncer de los adultos hubiese de sacarse un medicamento de los higidillos de recién nacido, ¿cuál sería la decisión?». El en-

foque, como se ve, es cínicamente descarnado. Y hasta me temo que, al final, Paul Valéry no terminase con un interrogante, con lo cual la crueldad de la frase ganaría puntos. Salvando lo salvable, para que el paralelo sea válido, ¿no induce esta sospecha a pensar en la discusión acerca del aborto? No me meteré en honduras. El tema del aborto se presenta en un encuadre muy distinto. Ya lo sé. Sea como fuere, sería hipócrita ocultar el fondo del problema. Que es el del «egoísmo». Concretamente: el egoísmo de los adultos. Del «pez grande».

La caza del «inmortal» televisivo coincide con la macabra inferencia que sugiere Paul Valéry, refiriéndose al extremo de sacrificar criaturas para remendar la salud de los viejos. Los «viejos» no vacilan ante nada, con tal de ir tirando: de alargar su cupo de vida. El sarcasmo de una farmacéutica «degollación-de-los-inocentes» para sacar un caricaturesco «foie-gras» terapéutico no es de desdenar. Como toda caricatura, se reduce a un garabato abusivo. La idea de un «matadero de niños» para obtener un compuesto con materiales hepáticos para solucionar la devastación de los sarcomas, bien mirado, puede parecer irrisoria. Puede no serlo, desde el ángulo científico: es una duda que conviene imponerse, para no fomentar el habitual «autoengaño» en que vegetamos. Swirlt, en sus excelsas sátiras, llegó a proponer el establecimiento de «carnicerías» donde se vendie-

se carne de nene: tiernos muslitos, costillitas lechales, sesos deliciosos. La antropofagia, desde luego, es una eventualidad fascinante. Y me ciño a la «antropofagia» civilizada.

La reflexión, y ya razonablemente, nos llevaría a reconsiderar más cosas. Los «adultos» de hoy —y sus muchachos, arrastrados por la permanente angustia de la industria y el comercio, evidentes— se ven metidos en unos lios espartosos, a base de la permanente «agresión a la Naturaleza» que implica el turbio desarrollo de la economía: de la producción y el consumo. Es todo eso de la Ecología y demás artes retóricas que andan en juego. Tal como la sociedad adulta de hoy —el paréntesis de la crisis será sólo un paréntesis— propone el futuro, los innumerales chavales del siglo XXI serán víctimas de humaredas tóxicas, de habitáculos antihigiénicos, del tóxico «stress». Al fin y al cabo, detrás de una aspirina, o de un «petardo», y de los turismos, y de la discoteca, y de las camisolitas alegres, y de las revistas ilustradas, y de las vacaciones con sol y playa, y del televisor, y de todo, lo que de veras funciona es el «matadero» disimulado. Y al citar la aspirina se entiende que incluso en la mención emblemática el entero dispositivo de los médicos. La sugestión de Paul Valéry, y el tebeo de «El inmortal», siguen en pie. ¿Cómo arreglarlo?

Juan FUSTER

PRIMORES DE LO VULGAR

JUNTO a las varias contaminaciones de nuestro tiempo profílico y progresivo, a saber: la atmosférica, la marítima, la fluvial, la natalidad abusiva, etc., la sonora es la que parece tenernos más sin cuidado. De vez en cuando se esbozan sobre todo ello unos vagos ademanes de alarma como para mostrarnos actualizados en el tema, por lo menos a nivel europeo. Pareciera que las deidades administrativas, desde el solemne rango ministerial al —aparentemente— más modesto de los ediles (como si dijéramos, «desde la princesa altiva a la que pesca en ruín barca») habitaran, con sus esposas y niños, un mundo inofensivo por decreto, al margen de las lúgubres consecuencias inconsecuentes de la sociedad de consumo, de la cual lo único que se sabe a ciencia cierta es que, si la dejan, acabará, efectivamente, consumiéndose.

En realidad, todo lo que se hace, o se dice que se hace, no parece ir más allá de simulacros cumplimentarios y publicitarios: medir ostentosamente el humo en la Puerta del Sol; publicar diariamente el estado de la atmósfera como si informasen, por todo remedio, al enfermo de su estado febril incurable; dejarnos rumorear que todos nuestros ríos huelen a técnica y cañería, que ya van siendo hedores muy semejantes; que los mejillones «de granja» ya se cosechan aliñados con gas-oil, y que (permítaseme esta elegía regional) la más hermosa de las rías gallegas, si alguna es «más», gime, desde hace diez años, bajo el castigo pestilencial de una factoría de celulosa a la que, incluso las damas de la más alta sociedad portovedresa, llaman «a peideira» con lenguaje del populacho, aun siendo todas ellas gallego-resistentes en lo restante del habla. Y que, además de estercolar el aire, despobló las playas y marismas de almejas y berberechos.

En cambio, dentro del aire vicioso, si bien ineficaz, de esos simulacros de preocupación, la contaminación sonora parece traernos sin cuidado, como si en el fondo nos sintiésemos «realizados» en su entusiasta ejercicio, empezando por nuestro hablar vociferante, superior en varios decibelios a la media europea, contando napolitanos, holandeses y griegos; con lo cual parece contentarnos más el ruido que las nueces. En nuestro orbe cultural el oído es el más desamparado de los sentidos. Está destinado a recibir todo cuanto le echen, pues no hay un cerrarse de oídos como lo hay de ojos o de boca. Su potencial actividad se prolonga más allá de la vigilia y podemos ser acometidos durante el sueño o el duermevela, entre oyendo el repicar del teléfono, el moscón extraviado, el tic-tac

del reloj. Porque conviene saber que al lado de los grandes fragores hay los miniruidos que no pueden registrarse en decibelios, o sea que no tienen existencia estadística aunque la tengan incordiante: la gotera de techo o grifo, el zumbido de la nevera, el ascensor nunca demasiado distante; y si es en tiempo vacacional, el lugar antiturístico y trabajosamente seleccionado, el crujido de las venerables maderas, el bucólico roer de los ratoncillos en el sobrado, los odiosos gallos petulantes, el «horizonte de perros», el roncar del invitado al que no podemos tirar una zapatilla... Empero, cuando queremos superlativizar un ruido decimos que es ensordecedor, y parece que esa puede ser una de sus consecuencias, no sólo en lo sensorial, sino en lo caracterológico, pues los tratadistas dicen que la sordera suele ser más suspicaz y triste que la ceguera.

Sobre el particular acabo de leer un libro inglés de unos técnicos, en el buen sentido de la palabra, que trae cosas apocalípticas. Verbigracia: «La contaminación acústica viola la zona íntima del hombre, amenazando su actividad creadora». (Ahora mismo, 12 de la noche, siento intervenida mi actividad creadora, de este artículo, a través de una pared maestra, que por ser de «vivienda social» es transporte fiel de los ruidos convecinos, por un rudo un fregar de platos contra un fondo comovedor de «himnos a España» del cantante señor Escobar)... El ruido que, ahí donde lo ven, parece cosa inofensiva y aun indispensable para algunos, «provoca cambios en la composición de la sangre y puede aumentar abruptamente su tensión; causa enfermedades que tan lejanas parecerían de sus zonas de influencia, como el asma, la sinusitis, la estomatitis; suele causar modificaciones en el desarrollo del feto y, asimismo, provocar la frigidez y la impotencia». ¡Caray!

Además de los ruidos generales y de los miniruidos, hay los ruidos generacionales. Los producen, y en parte los reabsorben, los jovencitos. Parecieran ser la «atmósfera» natural de los de ambos sexos y sus formas intermedias. Como suelen sentirse poseídos por la angustia vital (al menos eso dicen) con pesadez tan orgánica como si fuese una colitis mucomembranosa, se aíslan en la multitudinaria soledad de los bares, donde inmediatamente establecen un «climax» de bahatahol mecanizada; y por una cantidad más bien modesta pueden aliviarse de la presión metafísica poniendo en marcha futbolines, tocadiscos a todo volumen, billares eléctricos con sus campanillazos explosivos, casi todo ello invención de los norteamericanos, cuya civilización, ya desde los primeros vagi-

dos, semeja no saber qué hacer con el silencio, y llega, según A. Huxley, a la refinada invención de los cementerios musicalizados.

En otro libro inglés me entero de que «una sola motocicleta a todo gas puede despertar en poco tiempo —y más si lo es de ventanas abiertas, a unas cien mil personas». Yo tengo mis ideas, más bien frenéticas (hay quien las tiene homicidas) sobre los motociclistas ociosos, los que no van a ninguna parte como no sea andar en moto sobresaltando a la gente. Su consentimiento o tolerancia es lo que me confirma en la sospecha de insinceridad de las medidas que se toman contra las contaminaciones. ¿Quién me va a convencer a mí de que no es posible meter en cintura a esas pocas docenas de sádicos del estruendo y asaltantes del sistema nervioso, que andan por ahí, al tuntún con sus máquinas, añadiéndoles invenciones para hacerlas más explosivas, como si todo su afán de protagonismo se les realizase en el caño de escape.

Yo estuve viendo como los motociclistas en un par de años acabaron con una hermosa villa marinera. Los nacidos y «vividos» tantos siglos en la pesca de bajura, desertaron de la dorna arosana y de la gamela guardesa, y un día dejaron las nobles artes del xeito y del palangre para irse a las fábricas del consumismo. La villa extendió su gracia natural y tradicional a lo largo de una carretera entre la montaña y el mar. Los desertores generacionales dedican ahora sus horas libres, que son, a pasarla y repararla en muchísimas, incansable devanadera, ejerciendo el ruido por el ruido, como si fuera el arte por el arte, hasta el extremo que resulta penoso quedarse un par de horas allí tomando unos «chanqueiros» en sus tabernas olorosas, hablando con los viejos patrones litorales.

Para no perder aún más los estribos queden sin decir los transistores que convierten el ruido en ubicuo y perseguidor, que hacen personal y portátil la contaminación, que invaden todos los silencios aún teóricamente posibles: el viaje, la playa, la montaña, el desierto; que le ponen a uno entre el suicidio y el asesinato, ¡Dios nos asista!

E. BLANCO-AMOR



Hay que sujetarse los riñones.

Los hombres deben ir con los riñones cubiertos. Sujetos y calientes.

¿Acaso no acaba usted con la espalda molida por las noches?

¿Acaso no le hemos visto desentumecerse y frotarse los riñones cuando se levanta después de un rato de conducir o de trabajar?

¡Claro que sí! Para eso está la faja Turbo Sport, que le hará sentir como si alguien le ayudara por la espalda y le estuviera dando un aliviador masaje.

Faja TURBO SPORT

De venta en farmacias

Pierda los kilos malos oyendo a los WEIGHT WATCHERS®

Millones de personas en todo el mundo, padecen el problema de la obesidad. Esos kilos malos son un problema no sólo físico sino también psíquico y social. Llegan a ser un inconveniente para un ascenso profesional, una amistad e incluso un amor.

Y los kilos son debidos muchas veces a comer para olvidar una frustración, la soledad o la ira. La comida llega a ser una válvula de escape.

¿Pero existe solución? Más de una y no todas aconsejables: Fármacos, gimnasia, pasar hambre, dietas y por último — Weight Watchers.

¿Qué es Weight Watchers? Para perder esos kilos malos sólo existe un camino natural: Alimentación sana y algo de voluntad. La alimentación sana no es dejar de comer, es comer con orden. Y en cuanto a la voluntad, se la proporciona Weight Watchers.

¿Quiénes son Weight Watchers? Personas como usted, que ya están eliminando su problema. Una asociación de amigos que se reúnen semanalmente para ayudarse mutuamente.

Casi cinco millones de personas en el mundo avalan el éxito de Weight Watchers. No le va a costar nada, nada, informarse.

Venga a oír a los Weight Watchers, en una de sus charlas de información, completamente gratuitas. Venga a ver lo orgullosos que estamos al perder los kilos malos.

WEIGHT WATCHERS® ADELGAZAR COMIENDO.

C/. Gelabert, 42-44 T. 250 76 42 250 68 46

Venga a convencerse de que usted también podría:

Lunes, 10 de Febrero a las 19,30 Capilla Francesa, C/. Angli, 15-17

Martes, 11 de Febrero a las 17 C/. Gelabert, 42-44

Miércoles, 12 de Febrero a las 10,30 C/. Gelabert, 42-44

Jueves, 13 de Febrero a las 20 Capilla Francesa, C/. Angli, 15-17

“WEIGHT WATCHERS” AND “A” ARE REGISTERED TRADEMARKS OF WEIGHT WATCHERS INTERNATIONAL, INC., N.Y. WEIGHT WATCHERS INTERNATIONAL, 1975